



Hablaba por teléfono con Hand, uno de mis dos mejores amigos, el que aún vive, y con el que planeaba emprender un viaje. Por aquel entonces había días buenos, semanas buenas incluso, cuando tanto él como yo fingíamos que la existencia de Jack nos parecía admisible, que su vida, aun truncada, había tenido sentido. Aquel no era uno de esos días. Al otro lado del auricular Hand percibía mi deambular nervioso y comprendía sus motivos. Así solía moverme cuando pensaba o planeaba algo: me frotaba los nudillos, una mano contra la otra, hacía crujir las articulaciones de los dedos con suavidad, sin ritmo, y rondaba del lado oeste del piso, donde corría y descorría el cerrojo de la puerta de la calle, al lado este, a la puerta corredera de cristal que daba a la terraza trasera, me asomaba rápidamente y volvía a cerrar. Hand oía sin hacer comentarios el traqueteo de la puerta rondando una y otra vez por el riel. Era un viernes por la tarde de un día glacial, y yo llevaba puestos los pantalones del pijama nuevo de franela azul, que por aquel entonces acostumbraba vestir a todas horas, tanto dentro como fuera de casa. Un alcaudo pajarillo de feculento color revoloteó hasta el comedero colgado del balcón de la terraza y picoteó el inmundo alpiste que yo mismo, en un acto irreflexivo del que empezaba a arrepentirme, había vertido en su interior; a aquellas aves apenas les quedaban días de vida y no me apetecía lo más mínimo ver cómo echaban a volar, y tampoco ser testigo de su muerte. La calefacción no se repartía por el edificio de modo uniforme ni equitativo, y a mi piso, en la esquina superior izquierda de la fachada trasera, apenas si llegaba el calor y, cuando lo hacía, era a ráfagas. Jack había muerto cinco meses atrás, con veintiséis años, y Hand y yo planeábamos emprender un viaje. Dos semanas antes, me habían propinado una brutal paliza en un guardamuebles de Oconomowoc —a decir verdad, la tunda no había tenido que ver con Jack ni con nada, o tal vez sí, tal vez de forma indirecta fuera culpa de Jack, y muy directa de Hand— y deseábamos poner tierra por medio. Yo tenía la cara y la espalda cubiertas de costras, un abrupto chichón en forma de pera en la coronilla y una importante suma de dinero que repartir, por eso nos iba-

mos. En el interior de la iglesia en ruinas que entonces era mi cabeza revoloteaban bandadas de murciélagos; sin embargo, solo de pensar en el viaje saltaba de la pesadumbre a la euforia.

—¿Cuándo? —preguntó Hand.

—De hoy en una semana —respondí.

—¿El diecisiete?

—Sí.

—Este diecisiete.

—Exacto.

—Joder.

—¿Puedes cogerte la semana de vacaciones?

—No lo sé —respondió Hand—. ¿Me dejas que te haga una pregunta tonta?

—¿Qué?

—¿Por qué no en verano?

—Porque no.

—O el otoño que viene.

—Venga, hombre.

—¿Qué?

—Si vamos ahora, pago yo —respondí.

Sabía que Hand diría que sí; en los últimos cinco meses ninguno de los dos se había negado a nada. Nos habían encargado recados bien difíciles, pero los habíamos cumplido todos.

—Además, me debes una —agregué.

—¿Qué? Por lo de... Hay que joderse. Está bien, tú ganas.

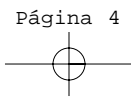
—Así me gusta.

—¿Y por cuántos días dices? —preguntó.

—¿Cuántos podrías cogerte?

—Una semana, creo.

Sabía que aceptaría. Si no hubiese conseguido esa semana de permiso, habría renunciado a su empleo. Hand se ganaba la vida con un trabajo medianamente decente como jefe de seguridad en un casino junto al río, bajo el Gateway Arch, aunque hubo un tiempo, cuando estudiábamos en el instituto y Hand ostentaba el título de segundo mejor nadador de todo Wisconsin, en que él daba por sentado que la gloria le acompañaría de por

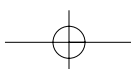


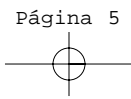
vida. Nunca volvió a vérselo tan centrado como en aquella época, pero luego empezó a picar en toda una serie de trabajos aquí y allá y aprendió algo de sonido, otro poco de alarmas de coches, del mercado de futuros relacionados con la meteorología (no miento, pero es una larga historia), de carpintería (de hecho, un trabajillo al alimón conmigo: el porche de una enorme mansión, un caserón de ensueño en el lago Geneva); puestos de trabajo de los que él se despedía en cuanto dejaba de aprender o veía su dignidad comprometida en lo más mínimo. O al menos eso decía.

—Pues una semana, entonces. Habrá que aprovecharla al máximo.

Yo residía en Chicago y Hand en Saint Louis, aunque ambos éramos originarios de Milwaukee o alrededores. En esa ciudad nacimos, con tres meses de diferencia; y nuestros padres jugaron juntos al béisbol, antes de que el mío se fuera de casa la primera vez y al suyo le diera por tocar la batería y vestirse con chalecos de cuero. Pero de nuestros padres nunca hablábamos.

Telefoneamos a las compañías aéreas que ofrecían billetes sencillos sin restricciones de kilometraje ni límite de escalas. Tales billetes te permitían viajar a todos los países que desearas siempre que los vuelos se efectuaran en una única dirección; incluso se podía dar la vuelta al mundo. Por lo general sueles disponer de doce meses para completar el circuito, pero Hand y yo tendríamos que conformarnos con una semana. Los billetes costaban tres mil dólares cada uno, cantidad fuera del alcance de personas como nosotros en circunstancias normales, pero haría cosa de un año, de la forma más inopinada, había caído en mis manos una importante suma de dinero por la que me sentía tan agradecido como sumido en un mar de confusión. Una confusión total y absoluta. Aunque en breve iba a desprenderme de aquel dinero, o de gran parte de él, convencido de que con esa purga vendría la claridad de juicio y de que el mejor modo de llevarla a cabo era un viaje relámpago alrededor del globo; dicho sea de paso, no sé qué me llevaría a asociar una cosa con otra. El caso es que calculamos poder dar la vuelta completa en





una semana, saliendo desde Chicago, desde donde volaríamos primero, a ser posible, a Saskatchewan, luego a Mongolia, Yemen, Ruanda, Madagascar –estos dos últimos países quizá intercambiados–, y después Siberia, Groenlandia y vuelta a casa.

–Qué bien lo vamos a pasar –dijo Hand.

–De verdad.

–¿Cuánto dices que te quieres quitar de encima?

–Unos treinta y ocho mil dólares.

–¿Incluidos billetes de avión?

–Sí.

–O sea que en total soltaremos unos... ¿treinta y dos mil?

–Más o menos –respondí.

–¿Cómo piensas llevar el dinero? ¿En metálico?

–En cheques de viaje.

–¿Y quiénes serán los afortunados? –preguntó.

–Aún no lo sé. Una vez allí estará claro, supongo.

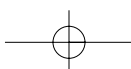
Volando siempre rumbo oeste, apenas perderíamos horas por el camino. Daríamos la vuelta al mundo en una semana sin problemas, con cinco paradas a lo largo del recorrido; la pérdida de horas quedaría en parte compensada a medida que atravesáramos, siempre en dirección oeste, los distintos husos horarios. Según nuestros cálculos, si volábamos sobre el círculo polar ártico, de Saskatchewan a Mongolia se perdían dos o tres horas a lo sumo. Viajaríamos en dirección contraria al movimiento de la Tierra, evitando las puestas de sol.

El itinerario sufrió continuas modificaciones a lo largo de los cuatro días que restaban para tomar la decisión final, tiempo durante el cual Hand y yo mantuvimos un continuo contacto telefónico, yo pertrechado con mi atlas de bolsillo plastificado y Hand con su globo terráqueo, un cachivache enorme, tamaño balón de playa, que dominaba la sala de estar de su casa y giraba dislocado sobre el eje desde que una madrugada Hand chocara contra él y este perdiera para siempre su esfericidad.

Este sería nuestro primer itinerario:

Chicago-Saskatchewan-Mongolia

Mongolia-Qatar



Qatar-Yemen  
Yemen-Madagascar  
Madagascar-Ruanda  
Ruanda-San Francisco-Chicago.

Nos pareció el más interesante. Pero íbamos a pasar demasiado calor, parecía demasiado concentrado en una única latitud. El segundo itinerario, tras las modificaciones pertinentes:

Chicago-San Francisco-Mongolia  
Mongolia-Yemen  
Yemen-Madagascar  
Madagascar-Groenlandia  
Groenlandia-Saskatchewan  
Saskatchewan-San Francisco-Chicago.

Así quedaba resuelto el problema del calor, si bien nos excedíamos por el otro lado. Aun manteniendo siempre rumbo oeste, necesitábamos más contrastes, más saltos atrás y adelante, y arriba y abajo.

Tercer itinerario:  
Chicago-San Francisco-Micronesia  
Micronesia-Mongolia  
Mongolia-Madagascar  
Madagascar-Ruanda  
Ruanda-Groenlandia  
Groenlandia-San Francisco-Chicago.

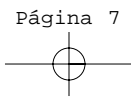
Este lo tenía todo: interés político, amplia oferta climatológica. Desde sendos domicilios, ambos nos dedicamos a recabar información sobre los diversos destinos en las páginas de internet que ofrecían la relación de vuelos y horarios.

Hand llamó por teléfono.

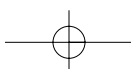
—¿Qué?

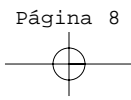
—La hemos cagado.

Había surgido un problema imprevisto con los horarios. Al introducir los destinos Hand reparó en que saliendo de San Francisco —la escala allí era obligatoria si partíamos de Chicago— llegaríamos a Mongolia no solo unas horas, sino dos días más tarde.



- ¿Y eso cómo puede ser?
- Yo, que me he dado cuenta —respondió Hand.
- ¿De qué?
- ¿A que no sabes a qué se debe?
- No, ¿a qué?
- Yo te lo explico.
- Suéltalo de una vez.
- ¿Preparado?
- Vete a la mierda.
- Se debe a la línea internacional de cambio de fecha —explicó Hand.
- No.
- Sí.
- ¡La línea internacional de cambio de fecha!
- Sí.
- ¡Pues que le den por culo a la línea! —exclamé.
- ¿Así de fácil? —contestó Hand.
- Yo qué sé. ¿Qué línea es esa?
- A ver si te lo explico: Nueva Zelanda es el punto más extremo del planeta en cuanto a husos horarios. Ellos son los primeros en ver el inicio del año nuevo. Por esa razón, si al salir de Chicago tomamos rumbo oeste, nos ahorramos un montón de horas durante el trayecto. Sin embargo, una vez pasada Nueva Zelanda, lo que hacemos es ganar un día entero. ¡Veinticuatro horas!
- Lo que significa perder todo un día.
- Si saliéramos en miércoles, aterrizaríamos en viernes.
- Y aunque fuéramos rumbo oeste, no serviría de nada —observé.
- No, más bien de poco. Bueno, la verdad es que de nada.
- Telefoneamos a una agencia de viajes. La chica nos tomó por imbéciles. Para dar la vuelta al mundo en una semana, rezongó, tendríamos que pasar el setenta por ciento del viaje en el aire. Por mucho que siguiéramos la trayectoria del sol, la hemorragia horaria a través del Pacífico no nos la quitaba nadie.
- Hay que ir dirección este —propuso Hand.
- O al este primero y luego al oeste —repuse.





—No se puede. Para que nos apliquen la tarifa, hay que volar siempre en la misma dirección.

Nuevo itinerario:

Chicago–Nueva York–Groenlandia

Groenlandia–Ruanda

Ruanda–Madagascar

Madagascar–Mongolia

Mongolia–Saskatchewan

Saskatchewan–Nueva York–Chicago.

—Pero entonces perdemos horas en todos los vuelos —observé—. Así vamos a tardar el doble en cada uno.

—Coño, es verdad.

—Quizá habrá que conformarse solo con cuatro países. O pasar menos tiempo en cada uno.

—Vaya rollo —replicó Hand—. Teniendo una semana entera como tenemos, sería de tontos no ir a Mongolia. Vaya mierda.

¿Desde cuándo son tan lentos los aviones?

Siguiente itinerario:

Chicago–Nueva York–Groenlandia

Groenlandia–Ruanda

Ruanda–Madagascar

Madagascar–Qatar

Qatar–Yemen

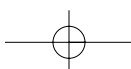
Yemen–Los Ángeles–Chicago.

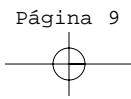
Inconveniente: que entre Groenlandia y Ruanda no había conexión. Ni entre Ruanda y Madagascar.

—¡Qué mierda! —exclamé.

—Eso digo yo.

Y tampoco entre Madagascar y Qatar. En cambio, de Saskatchewan a Nueva York sí había servicio. Y de Mongolia a Saskatchewan también. Pero de Groenlandia a Ruanda, nada. Qué fastidio. ¿Por qué no había conexión entre Groenlandia y Ruanda? Casi todos los vuelos, incluido el de Ruanda a Madagascar, hacían escala en grandes urbes como París o Londres, ciudades en las que no teníamos ningún interés en detenernos. Tampoco en Pekín, escala obligatoria camino de Mongolia.





—Esto parece la Edad Media —observó Hand.

—Hay que ver lo que se aprende —convine.

Teníamos que reducir de nuevo el número de destinos. Vuelta a empezar.

—Mira, vámonos y punto —propuso Hand—. Compramos el billete general y ya iremos viendo sobre la marcha. No tenemos por qué organizarlo todo con antelación.

—Tienes razón.

Pero no pudo ser. La compañía aérea exigía que pusiéramos en su conocimiento todos los aeropuertos donde teníamos previsto detenernos. No precisaban fecha u hora exactas, pero sí conocer de antemano esos destinos a fin de calcular las tasas correspondientes.

—¿Tasas? —preguntó Hand.

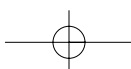
—Ahora me entero.

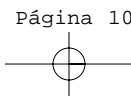
Decidimos descartar la idea de comprar todos los billetes antes de emprender el viaje. Ya veríamos una vez en Mongolia. Cuando estuviéramos en el país correspondiente y quisiéramos marcharnos, iríamos directamente al aeropuerto. O mejor aún, nada más aterrizar, antes de abandonar la terminal, adquiriríamos el siguiente billete. El nuevo plan sonaba bien, al menos sintonizaba mejor con el propósito general del viaje, con la idea de mantener un movimiento sin tregua, de atender a nuestros impulsos, cualesquiera que fuesen. Ya escogeríamos destino en Mongolia según disponibilidad. No saldría mucho más caro, pensamos. ¿Cuánto podría costar? No teníamos ni idea. Yo solo quería dar la vuelta al mundo en una semana, recalar en Mongolia en algún momento del trayecto y estar de regreso en Ciudad de México al cabo de ocho días para asistir a la boda. Jeff, un amigo nuestro del instituto, contraía matrimonio con Lupe —solo él la llamaba Guad—, cuya familia residía en Cuernavaca, y según tenía entendido, iba a ser una boda por todo lo alto.

—Ah, ¿te han invitado? —preguntó Hand.

—¿A ti no? —dije.

No me explicaba por qué no le habían invitado. ¿Y si me lo llevaba de acompañante? Quizá no. Ya se nos había ocurrido en





una ocasión, cuando la boda de otro amigo nuestro, en Columbus —pensamos que habían extraviado las señas de Hand—, y hasta que llegamos allí no comprendimos por qué la familia lo tenía por persona *non grata*. Hand era un muchacho alto y rubio, con los ojos oscuros, tiernos incluso, que gozaba de gran éxito entre las mujeres y, para mal o para bien, poseía una insaciable curiosidad cuya libérrima red abarcaba un amplio espectro de intereses, desde las ciencias hasta las más sensibles e inocentes criaturas del sexo opuesto. Es decir, que se había acostado con demasiadas; entre ellas Sheila, hermana de la novia, una chica de vencidas espaldas y naturaleza romántica con la que vivió una historia que tuvo mal final, pero Hand, que es como es, había olvidado por completo el parentesco que unía a Sheila con la novia, por lo que nuestra presencia en aquella boda no solo resultó violenta, muy violenta, sino también desconsiderada. Fue culpa mía entonces y sigue siéndolo que, por alguna misteriosa razón, la pasión de Hand —por las mujeres, el esoterismo, las conspiraciones, los viajes espaciales y el mundo en general—, unida a una estupidez animal pura y dura, termine conduciéndonos sin remedio por el camino de la ruina y la perdición.

Pero ¿quién decía que hubiera que dar la vuelta al mundo? No era necesario. Veríamos lo que pudiéramos en seis días, seis días y medio, y vuelta a casa. Aún no estaba del todo decidido cuál sería el punto de partida —nos inclinábamos por Qatar—, pero Hand sabía perfectamente dónde deseaba terminar el viaje.

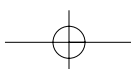
—En El Cairo —afirmó arrastrando la primera sílaba, la «a» llena de ilusión y melancolía.

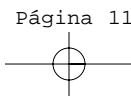
—¿Por qué?

—Hay que terminar en lo alto de la pirámide de Keops —insistió.

—¿No estaba prohibido subir a las pirámides?

—Se llega al amanecer o a la caída de la tarde y se soborna a un guardia. Lo he leído en alguna parte. En Gizeh se soborna a cualquiera.





—De acuerdo —accedí—. Hecho, pues. Fin de viaje en las pirámides.

—Jo, tío —añadió Hand con un hilo de voz—. Toda mi vida he deseado verme ante esa pirámide. Es que no me lo puedo creer.

Llamé por teléfono a Cathy Wambat, una amiga de juventud de mi madre que, además de tener un apellido de marsupial que se prestaba al pitorreo, se ganaba la vida como agente de viajes. Se habían criado en Colorado, mi madre y ella, en Fort Collins, ciudad que yo no conocía en persona pero que siempre imaginaba con un fuerte auténtico, rodeado de bosques, con pioneros e indios a sendos lados de las murallas. Cathy Wambat se había mudado a Hawai, al parecer residencia oficial de todo agente de viajes que se preciara de serlo. Cuando le dimos a conocer el plan, también ella nos tomó por imbéciles, si bien es cierto que con afabilidad, y nos gestionó las reservas: dos pasajes sencillos desde El Cairo, con escala en Nueva York, el de Hand con final de trayecto en Saint Louis y el mío en México D.F.

Aún no habíamos decidido dónde iniciar el viaje. Hand me llamó por teléfono de nuevo.

—Somos idiotas.

—¿Qué pasa?

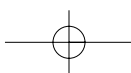
—Los visados —contestó.

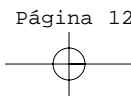
—Ah.

—Los visados —repitió, con rabia esta vez.

—Mierda.

La mitad de las paradas de nuestro itinerario quedaban descartadas. Saskatchewan no planteaba problemas, pero Ruanda y Yemen exigían visado. ¿En qué se diferenciaba un pasaporte de un visado? No estaba del todo seguro, pero sí sabía que un visado comportaba esperar —tres días, una semana incluso—, y ese era un tiempo del que no disponíamos. Mongolia también exigía visado. Qatar, en un desmedido alarde de soberbia para un país con forma y tamaño de uña, exigía un visado cuya gestión se demoraba una semana. Faltaban tan solo tres días para que diera comienzo el permiso por vacaciones de Hand.





Recibí una nueva llamada suya.

—Groenlandia no pide visado.

—Pues no se hable más —respondí—. Desde allí empezamos.

Los billetes nos salieron tirados de precio, unos cuatrocientos dólares cada uno desde el aeropuerto de O'Hare. Tarifa de invierno, explicó la representante de GreenlandAir. Reservamos asientos y comenzamos los preparativos. Hand vendría en coche desde Saint Louis el viernes y el domingo emprenderíamos viaje, rumbo a una ciudad que no lográbamos localizar en ningún atlas o diccionario. El vuelo hacía escala primero en Ottawa, después en Iqaluit, una población de Tierra de Baffin, para aterrizar finalmente en Kangerlussuaq alrededor de medianoche. Acordamos reducir el equipaje a una bolsa cada uno: sin facturación no habría esperas ni extravíos posibles. Bastaría con unas mochilas pequeñas, no las típicas de trotamundos, sino normales, de las que se utilizan para llevar libros o toallas de playa.

—¿Ropa de abrigo? —preguntó Hand.

—No —respondí—. Capas.

Aquel enero, el frío en Chicago era un presencia corpórea, un ser vivo y rapaz, por lo que haríamos viaje al aeropuerto con toda la ropa del equipaje puesta. Ropa barata de usar y tirar, de modo que si llegábamos a Madagascar pudiéramos desprendernos de ella. Y continuar viaje hasta El Cairo en camiseta y con la mochila vacía.

—Bueno —dijo Hand—. ¿Seguro que quieres correr con todos los gastos?

—Sí. Quiero ver cómo ese dinero desaparece.

—Seguro.

—Seguro.

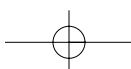
—A ver si luego resulta que lo haces por un rollo expiatorio o una cosa de esas raras. Esto no tiene que ver con nada de...

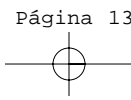
—No.

—Bien.

—Hasta mañana.

Colgué el auricular exultante, me lancé contra la pared y fingí que me electrocutaba. Es mi costumbre cuando estoy eufórico.





El sábado había prometido cuidar de las hijas de mi primo Jerry, Mo y Thor, hermanas gemelas de ocho años de edad. Jerry era mi único pariente en Chicago. Mi madre había abandonado Colorado para casarse con mi padre, dejando atrás a sus propios padres, ya difuntos, y a tres hermanas y cuatro hermanos, residentes todos en Fort Collins o alrededores. Y cuando mi hermano Tommy, que me llevaba seis años y poseía ya garaje y bigote propios, creció, mi madre se trasladó a Memphis con la intención de estar cerca de unos amigos suyos de toda la vida y matricularse en un curso de antropología. Jerry, el hijo de mi tía Terry, el tercero de cinco hermanos, era el primer abogado de la familia, con foto en las páginas amarillas, y estaba casado con Melora, cuya severidad —más que hablar, bufaba— quedaba disimulada por la menudez de su cuerpo, propia de un chaval de catorce años.

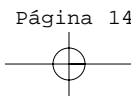
Jerry y Melora sabían que yo apenas salía de Chicago y solía estar disponible, por eso habían recurrido a mí, de modo que Hand, las niñas y yo tendríamos que salir juntos a comprar la ropa y demás artículos para el viaje. La refinada esposa de Jerry detestaba los apodos que yo había asignado a las pequeñas, pero me negaba a llamar a aquellas chiquillas de apenas ocho años, revoltosas y parlanchinas, que echaban a correr por delante de ti en la acera y no hacían ascos a los revolcones, con nombres tan ridículos como Persephone y Penelope.

La madre las dejó frente a mi casa con un bocinazo. Hand y yo bajamos al portal a recibirlas. Las gemelas habían coincidido con él en tres ocasiones anteriores, pero no lo recordaban.

—Ya no tienes tan mala cara —me dijo Mo, engullida por el abrigo rosa de plumas. Le bajé la cremallera unos centímetros y exhaló un suspiro.

—Va mejorando —repuse.

—Ahora tienes los ojos azules —observó Thor, cuando mis ojos siempre habían sido marrones y lo seguían siendo. Vino hacia mí y me arrodillé frente a ella—. Y esto antes no lo tenías



—añadió tocándome la nariz, la sinuosa franja roja que me recorría el caballete de arriba abajo.

—¡Claro que lo tenía, idiota! —replicó Mo.

—No, señora —insistió Thor.

—Lo tenía, sí —intervine intentando poner paz—, pero ahora la cicatriz se ve más oscura. Las dos tenéis razón.

Nos acercamos a pie hasta una moderna tienda de deportes, con profusión de nailon, velcro, barritas calóricas y mosquetones de alpinista, además de una pared de escalada que nadie usaba. Hand y yo necesitábamos pantalones de viaje que fuesen lo más multiuso posible: para el calor, para el frío, transpirables, intranspirables, con bolsillos por doquier. Yo compré unos de militar normales, pero con montones de bolsillos, al estilo fotógrafo de safari, con dos grandes bolsillos rectangulares con cremallera y velcro en cada pierna. Hand salió de repente del probador con un silbante frufú: lucía un pantalón de pata ancha, brillante y sintético, de color gris plata.

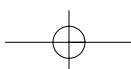
—Parece que vas a hacer footing —observé.

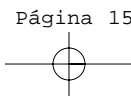
—Son cómodos —repuso.

—¡Lo que parece es que se ha cagado en los pantalones! —exclamó Mo.

—Vale —dijo Hand, e introdujo un dedo mojado en saliva en la oreja de la niña—, pero me hacen sentir veloz.

Las gemelas camparon a sus anchas y a nosotros toda la mercancía expuesta se nos antojó imprescindible. Una linterna minúscula y ultraligera para enganchar en el llavero. Cecina de ternera envasada. Un kit de primeros auxilios. Faltriqueras secretas en las que guardar dinero y pasaportes. Fulares. Ventiladores en miniatura. Repelente contra los mosquitos. Yo apartaba la vista para ahorrar a los clientes el mal trago de verme la cara. Su aspecto no resultaba tan lastimoso como semanas atrás, pero seguía magullada y el caballete de la nariz proyectaba sombras amoratadas en las cuencas de los ojos, lo que me otorgaba un aire entre estrábico y ciclópeo. Ofrecía el aspecto de lo que era: un desgraciado al que tres individuos habían vapuleado en el interior de un guardamuebles con paredes de acero.





—Aún cojeas —advirtió Hand.

—Ya.

—No mucho —aclaró—. Pero te da un aire un tanto siniestro.

Hand sostenía en la mano diez fulares, cinco para cada uno. Según él, todo viajero regresaba de sus andanzas arrepentido de no haber hecho acopio de más.

—Ya me lo agradecerás —aseguró.

Esa era una frase habitual en Hand: «Ya me lo agradecerás». Francamente, no recuerdo haber tenido tanto que agradecerle en la vida.

Las gemelas regresaron de la expedición, el flequillo pegado a la frente, los jerséis anudados a la cintura. Querían irse de allí.

—¿Quién quiere irse? —pregunté a Thor—. ¿Tú, Mo?

—Yo soy Thor —respondió Thor.

—¿Quién es Thor? —pregunté.

—¡Yo! —exclamó Thor.

—Perdona —me disculpé—. No os distingo.

—¡Pero si somos gemelas bivitelinas! —replicó.

—¿Cómo dices?

Mo alzó los ojos al cielo.

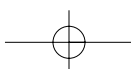
—¡Bivitelinas! Ya lo sabes, tonto.

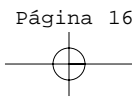
Me froté el mentón en ademán pensativo.

—Sí, algo había oído, pero nunca pensé que fuera cierto. Supongo que no quería creerlo.

—¿De qué estás hablando? —rezongó Mo. Qué fácil de exasperar era, la cara fruncida como una pasa.

—Escuchadme bien —dije agachándome frente a ambas—. Hacedme un favor. No permitáis que nadie os venga a decir que sois unos bichos raros. No consintáis que ningún científico, que ningún experto institucional os señale con el dedo y os haga sentir como monstruos de feria solo porque sois gemelas y no os parecéis. Dios cometió un error, sí, estamos de acuerdo, un error de bulto, porque ya me diréis a santo de qué crear unas gemelas que no se parecen. O peor aún, unas gemelas como vosotras, como simios sumergidos en ácido...





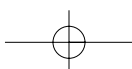
Thor me estampó un guantazo en la frente.

—Eso por hablar tan rápido —aclaró.

Nos fuimos con ellas a Walgreen's. Necesitábamos provisiones para el viaje. Lo cierto es que eran las gemelas menos gemelas que había visto en mi vida, y solo Thor parecía hija de sus padres, ambos rubios y de tez clara. Thor era aria y esbelta, mientras que Mo —morena, pelo liso, ojos oscuros con pestañas largas y negras— guardaba más parecido conmigo. El oscuro color de mis pestañas y su forma de alas de murciélago hacen pensar que me pinto los ojos, y el favor que ello pueda haberme depurado alguna vez no tiene parangón con las bromas, las miraditas y las constantes comparaciones con Robert Smith, el cantante de The Cure. A Mo han llegado a tomarla por hija mía, con gran disgusto por su parte.

Compré un tubo de pasta dentífrica tamaño viaje, un vaso plegable, unas gafas de sol y dos sudaderas que costaron siete dólares cada una, una granate y la otra negra. Hand sostenía en las manos un bote familiar de desodorante y nos encontrábamos en la cola para pagar, esperando a las gemelas y observando a la señora de delante, que apilaba su montoncito de cupones sobre el mostrador. La mujer, menuda de constitución y con una ancha rozadura amoratada en el fino y delicado cuello, los llevaba sujetos con una pinza de plástico como las que se emplean para que no se reblandezcan las patatas fritas.

Yo aborrecía los cupones. Que hubiera necesidad de ellos. Sentí deseos de abonar la diferencia a la cajera. Con gusto habría regalado a la señora esos dos dólares y que empleara el tiempo en labores más gratas. «¿En qué?» Yo qué sé. «¿Y si ella disfruta recordándolos?» ¡Qué va a disfrutar! Desde que me veía con algo de dinero en las manos, la lucha era continua, siempre la misma frustración con la gente y sus cupones, con los desharrapados, con las familias salvadoreñas acogidas en el sótano de la iglesia vecina —me cruzaba con una todas las mañanas, esperando en la parada del autobús con su hija, camino del colegio con su camisa blanca y la faldita de cuadros escoceses— a las que ardía en deseos de comprar cosas, aunque fuera solo algo de comer, y mi incapaci-



dad, dada la infranqueable e imaginaria barrera que me separaba de aquellos extraños de manos toscas, para dirigirme a ellos y resolver sus problemas. Nunca quise un saldo positivo en el banco; me sentía mucho más cómodo sin cruzar el ecuador, con la cuenta justo por encima o por debajo del saldo cero, y creía poder desprenderme de algún modo de aquel dinero, un modo que guardaba relación con la señora de la cola y con sus cupones, pero la distancia se me hacía infinita, insalvable, no era yo persona extravertida en esas lides, me sentía incapaz de tender puentes semejantes, y la situación me provocaba un desasosiego espantoso.

—¿Nada más? —preguntó Hand.

Mo y Thor se encontraban ya en caja. Habían comprado tarjetas de San Valentín, un paquete de doce.

—No —respondió Mo.

—¿Venden sellos? —preguntó Thor a la cajera.

—No —respondió la chica.

—Pues deberían —opinó Thor.

—Veintitrés dólares con ochenta, por favor —anunció la cajera.

—¿Has comprado protector solar? —me preguntó Hand.

Yo estaba ausente.

—Will.

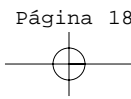
Oía mi nombre, pero no podía articular palabra. Había escuchado la conversación desde el principio, pero ajeno por completo a ella.

—Will.

Entré a rastras en mi cerebro de nuevo.

—¿Qué? —pregunté.


Dicen que hablo despacio. Soy lo que se suele decir lacónico en la expresión. Suena el teléfono, contesto, y al otro lado me preguntan si acabo de levantarme. A veces se me va el santo al cielo en mitad de una frase y dejo a mi interlocutor colgado en el vacío. Es algo que no puedo remediar. De pronto estoy hablando, interesado por la conversación, y alguien, estoy convencido de que eso es lo que sucede, alguien —ojalá conociera su identidad, porque le iba a decir cuatro cosas— se larga con mi cabeza un rato. Igual que uno coge las pilas de la calculadora un



momento para activar el mando a distancia, siempre hay alguien que se lleva mi cabeza prestada un rato.

–Protector solar –repió Hand.

–No –dije. Añadió un bote a mi pila de compra.

Una vez en el aparcamiento, vimos desfilar un trío de Ford Bronco  de color blanco lechoso que nos dejaron anonadados. Ya era malo que continuaran fabricándolos de ese color, pero ver pasar tres seguidos suponía un presagio nefasto. Mo y Thor ni se inmutaron, lo cual tampoco me sorprendió. Era inútil intentar adivinar qué iba a impresionarlas. Unos meses antes, sin ir más lejos, se habían emocionado al ver a un señor mayor corriendo por la calle y farfullando en un idioma que parecía ruso, ataviado con un estrambótico disfraz de mariposa color azul. El trío de Bronco, en cambio, las dejaba frías.

Nos cruzamos con una pareja de adolescentes vestidos con chupas de cuero llenas de tachuelas. Ella lucía una cresta a lo mohicano; él, la cabeza rapada y el cráneo, cárdeno y abollado, cubierto de mensajes en tinta de color carne cruda.

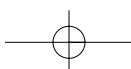
Mo cogió carrerilla y gritó «¡HOOLA!» a la vez que propinaba una patada en el muslo al rapado. El chaval se quedó horrorizado. A Hand y a mí no nos cogía por sorpresa. Las gemelas aprendían kárate en el colegio y les gustaba poner a prueba sus conocimientos siempre que se topaban con alguien de aspecto pendenciero.

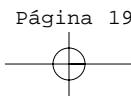
–Me cago en... mocosa de mierda –masculló el rapado limpiándose la huella del zapatazo en los vaqueros.

Me disculpé y miré de reojo a Hand para indicarle que cerrara la boca.

–No están bien –pretextó.

El rapado me miró con un elocuente parpadeo que sugería agresión en potencia. Yo le sacaba unos cinco kilos; sería que el atuendo lo envalentonaba. No acababa de decidir si me apetecía pelear, si debía tomarlo a la tremenda y llegar abiertamente a las manos... quién sabe dónde podía acabar. Quizá en una trifulca en toda regla hallara cierta catarsis... parte de mí hervía en deseos de venganza, me sucedía desde hacía semanas o incluso meses, o más...





El rapado y su amiga simularon tomárselo a risa –mentira– y continuaron su camino. Dejé escapar un suspiro y los cuatro echamos a correr, serpenteando como un dragón chino hasta la manzana siguiente y cantando a grito pelado el estribillo de la canción de Bob Dylan «Froggie went a-courtin».

Dejamos a las gemelas en casa de Jerry tras una conversación con Melora que se limitó a cuatro gruñidos por nuestra parte y otros tantos bufidos con caída de párpados por la suya, y salimos corriendo hacia el hospital para vacunarnos. La enfermera, Grenda, una señora con cutis de secuoya que frisaría en los setenta años, fingió abroncarnos.

–¿Cuándo salís de viaje? –Deje áspero pero cadencioso, mitad urbano, mitad de pueblo.

–Mañana –respondimos.

–¿Y adónde vais?

–A Groenlandia.

–¿Groenlandia? ¡Si allí no hay malaria! ¿Para qué os vais a vacunar? ¿Y a ti qué te ha pasado en la cara, jovencito?

–Un accidente de tráfico –respondí.

–Quizá pasemos por Ruanda –aclaró Hand.

–¿Cómo? ¿En qué quedamos?

–¿Como que en qué quedamos?

–¿No termináis de decir que vais a Groenlandia?

–Ambas cosas.

–Ambas cosas, imposible. ¿Sois cooperantes o algo por el estilo? Hand asintió con la cabeza.

–No –respondí yo.

–Estáis hechos un lío. ¿Qué edad tenéis?

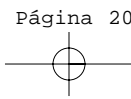
–Veintisiete –respondí.

–¿Perteneceís a alguna mutua?

–Él sí –dije.

–¿Yo? ¡Qué va! –replicó Hand. Habría jurado que sí.

–Pues hoy no se os puede poner el Larium. Hay que pasar consulta. ¿A qué vienen tantas prisas?



—Tenemos poco tiempo —respondió Hand—. ¿La consulta no podría hacérsola a nosotros? Nos tiene aquí a los dos. Consúltenos.

—No, hijo, la consulta es con el médico. Dura una hora. Si os pasáis mañana, quizá se pueda hacer algo.

—Y sin consulta, ¿qué vacunas nos puede poner? —pregunté.

—Antitifoidea y hepatitis A, B y C.

—Pero malaria, no.

—No. Antes os tiene que visitar el médico. Como pilléis la malaria, os vais a arrepentir de tantas prisas.

—¿Es mortal? La malaria, me refiero —pregunté.

—Mortal de necesidad —intervino el listillo de Hand—. Mal rollo, tío.

—No siempre es mortal —corrigió Glenda.

—¿Cuándo no lo es? —pregunté.

—Cuando se llega a tiempo al hospital.

—Vale —dije—. Llegaremos.

—Sabemos conducir. Somos rápidos —intervino Hand.

—No salgáis al atardecer —nos advirtió Glenda mientras nos frotábamos los brazos—. En Ruanda os la podría contagiar cualquier mosquito.

Agradecemos a Glenda su atención. Desde su taburete metálico nos dijo adiós con las dos manos, como una niña explotando pompas de jabón en el aire.

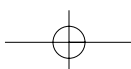
Avanzaba por el vestíbulo del hospital siguiendo los pasos de Hand cuando, al doblar la esquina, me lo encontré charlando con una chica de bata blanca.

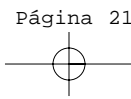
Era Pilar.

—Hola —saludé. Parecía muy poquita cosa.

—Hola —contestó.

Al abrazarnos detecté su característico olor canino, además de ciertos efluvios mentolados. La sentí muy menuda entre mis brazos, como una pluma. Cuando estudiábamos juntos en el instituto, Pilar era una chica robusta, deportista, con buenas es-





paldas; ahora, sin embargo, la veía escuálida, los ojos más grandes, los pómulos sobresaliendo con furia desde las orejas como pernos curvilíneos. Tiempo atrás había sido novia de Jack, pero me resistí a hacer conjeturas... «Tiene que ser eso.» No era fácil aceptar que la muerte de nuestro amigo hubiera provocado en ella tal transformación.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó—. ¿Qué te ha pasado en la cara? Le contamos lo de las vacunas, el viaje.

—Para Groenlandia no hace falta vacunarse.

Intentamos explicarle que habría otras escalas y demás.

—¿Y esa cara? —insistió.

—Me caí —contesté.

—Mentiroso.

—Y tú, ¿qué haces aquí? —preguntó Hand.

—Trabajando. En el laboratorio —respondió Pilar pasándose las manos por la bata para dirigir la atención de Hand hacia lo evidente.

—Ya —dijo él.

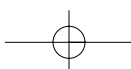
—¿Y por qué una semana? —preguntó Pilar—. ¿Por qué no hacéis el viaje como es debido y aprovecháis el verano o algo así? En una semana no veréis nada.

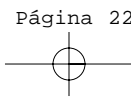
Despegué los labios, pero no supe qué responder. Alguien se había llevado mi cabeza prestada para poner en marcha una cafetera.

Hand alzó la vista hacia el techo, como si fingiera pensar, mientras silbaba sin emitir sonido alguno. La hermosa Pilar, de tez aceitunada, tan deseada en los tiempos del instituto, había tenido la gentileza de pasar una noche conmigo después de que Jack y ella lo dejaran, si bien ya entonces no me cupo duda de que seguía queriéndolo a él y yo no era más que un consuelo, un apaño. Entre Jack y Hand, más risueños ambos y de facciones —magulladas o no— más atractivas, había terminado por acostumbrarme a esa sensación.

—Porque solo tenemos una semana —contesté.

Pilar se llevó los dedos a las sienes como quien intenta contener una avalancha.





—¿Migraña? —inquirió Hand.

—No —contestó Pilar—. Bueno, sí.

—Qué alegría verte —dijo Hand rodeándola con los brazos.

Un segundo más tarde, Hand dio un paso atrás, yo di un paso adelante y la abracé y después los tres nos quedamos inmóviles un instante, como a la espera de que alguien nos indicara cómo proceder. Por megafonía anunciaron un nombre. «Doctor Costo», me pareció oír. Hand soltó una carcajada. Los tres nos echamos a reír.

—Es su nombre de verdad —explicó Pilar, ya recuperada. Aquel apellido la había devuelto a la realidad.

—Bueno —dijo Hand.

Pilar formó una V con las manos y encajó el mentón entre las palmas. Sus ojos se desplazaron velozmente de uno a otro y enseguida se anegaron en lágrimas.

—Qué pena veros.

Permanecimos despiertos hasta las cuatro de la madrugada, en la cocina de mi piso, planeando itinerarios distintos y leyendo la página oficial de Groenlandia en internet. El vuelo salía al cabo de ocho horas.

—Es la isla más grande del mundo —dijo Hand.

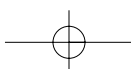
—El idioma oficial es el groenlandés —apunté.

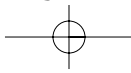
—Groenlandés a secas no; groenlandés occidental. «El groenlandés occidental, tal como se habla en Sisimiut, Maniitsoq y la región de Nuuk, es el idioma oficial de todo el territorio de Groenlandia. El groenlandés oriental difiere notablemente del occidental, pero todos los habitantes del país son capaces de comprender su lengua oficial.»

—La población total del país es de cincuenta y tres millones de habitantes.

—El hielo cubre el ochenta y cinco por ciento de su tierra firme.

—Intentan potenciar el turismo a toda costa. El país recibe alrededor de ocho mil turistas al año, pero se aspira a alcanzar la cifra de sesenta mil.





—Aquí viene la relación de vientos. Mira: «En la zona oriental de Groenlandia sopla el frío viento catabático denominado *pitera*, fenómeno atmosférico tan conocido como temido. Las ráfagas de mayor intensidad registradas hasta la fecha en Ammassalik datan de mil novecientos setenta y dos y alcanzaron los ciento dieciséis kilómetros por segundo».

—¿Qué significa «catabático»?

—«Se informa a los visitantes de que las condiciones meteorológicas en la zona son susceptibles de cambios inesperados y pueden ocasionar problemas técnicos. Se recomienda, por tanto, consultar con GreenlandAir la noche anterior a la salida del vuelo, o a lo sumo el mismo día.»

—Problemas técnicos. ¿Se refieren al tiempo?

—Eso creo.

Nos quedamos dormidos en la sala de estar, Hand en el sofá y yo en el sillón abatible, y despertamos a las ocho, con dos horas para recogerlo todo y salir a toda prisa. Habíamos decidido no hacer el equipaje hasta la misma mañana, cosa que no resultó difícil de cumplir, pues la tarea en sí se reducía a meter dos camisas, ropa interior, neceser y atlas en miniatura en la mochila, y en total no se prolongó más de tres minutos. Pasaportes, billetes, los treinta y dos mil dólares en cheques de viaje, fulares. Hand había traído unos CD, su discman, un puñado de cintas para el coche de alquiler, folletos con recomendaciones oficiales de viaje y una pila de hojas que había sacado impresas de la página web del Centro para el Control de Enfermedades, referidas al ébola en su mayoría. Hand podía perorar sin fin sobre esa epidemia. Introduje en la mochila la biografía de Churchill que estaba leyendo, pero al colgármela a la espalda y sentir el peso de sus mil doscientas páginas saqué el mamotreto, arranqué las primeras doscientas páginas y las trescientas últimas y embuté lo que quedaba del libro en la mochila.

Nos quedamos dormidos de nuevo en el sofá. A las diez y media, sobresaltados, volvimos a despertar...

